

VÀRIA

Presentación del libro *Educación: nombre común femenino*. 4 de julio de 2007. Textos de Anna Maria Piusi y Pepe Contreras Domingo

Introducción*

En la sección Varia, os ofrecemos los textos que escribieron para celebrar el nacimiento del libro *Educación, nombre común femenino* (Anna M^a Piusi y Ana Mañeru coords. Barcelona: Octaedro, 2006) Anna M^a Piusi —autora y coordinadora de la edición— y Pepe Contreras —profesor, lector atento del pensamiento de la diferencia sexual en educación. El encuentro tuvo lugar en el mes de julio, en colaboración con l'Associació de Mestres Rosa Sensat, en el marco de l'Escola d'Estiu" en el espacio "Migdies sense fronteres".

Este libro nace de un deseo y de una apuesta, el convencimiento de que en la realidad actual, relanzar el sentido de la diferencia sexual en educación es una ganancia para todas aquellas personas educadoras —mujeres y hombres— que queremos dar un salto simbólico y salir de algunas paradojas en las que nos movemos. Es un libro que nace en relación, en la relación política que las autoras tejemos teniendo como guía el amor a la educación. Anna M^a Piusi nos convida en el texto, a partir de nuestras experiencias educativas, a buscar palabras que se correspondan con el sentido de lo que hacemos, a significar estas

* Introducción de Asunción López Carretero.

prácticas, a ponerles nombre, haciendo teoría del movimiento fecundo que surge en el diálogo entre el pensar y el hacer. Estas son las palabras de Anna M^a Piussi y Pepe Contreras.

Intervención de Anna Maria Piussi*

Si “saber es un placer”, como dice el título del último libro de Sofías, también es placer poner en circulación y ofrecer al mundo lo que se ha entendido y se sabe, y asimismo lo que todavía se está buscando. En especial cuando esto no es el resultado del trabajo de una “comunidad científica” convencional, con sus cánones de investigación cada vez más rígidos y homologados, sino fruto de relaciones libres, elegidas y movibles entre mujeres. Relaciones políticas y de pensamiento, en un continuo estar fuera/dentro, yendo y viniendo entre la atención a sí, a la otra, a lo otro, y de nuevo a sí.

Nos gusta hablar a muchas –y a muchos, también cuando nos escuchan poco. Y no solo a las hijas, a las alumnas, a las colegas, a esa maestra que anda por ahí buscando algo en lo que reconocerse, con lo que revivir su pasión por la enseñanza, y todavía no sabe qué es... No solo nos gusta hablar con ellas y a ellas: aunque sí primero a ellas, con ellas.

Es femenino el gesto casi paradójico de no quedarse lo que se considera precioso, no conservarlo celosamente, y al mismo tiempo custodiarlo para que no sea consumido con precipitación. Por eso, “custodiar para ofrecer” es también crear un libro, un con-texto en el que la escritura sea casa de palabras para intuiciones, ideas, verdades pequeñas y grandes, preguntas, relatos, más intuiciones. Una casa abierta a la respiración del mundo, expuesta a los vientos del tiempo —hoy vertiginosos y a veces devastadores— pero, a pesar de todo, no carente de sólidos vínculos con la tierra y con la experiencia viva que nos une a

*Traducción del italiano de María-Milagros Rivera Garretas.

ella. Una casa que tiene la pretensión de hablar en el mundo con el mundo, porque el educar está en todas partes (y en cualquier sitio puede faltar).

El mundo que las autoras hemos mirado y escuchado sin separarlo del resto, el mundo sobre el que hemos reflexionado con un pensamiento exigente pero no especializado, es, pues, el de la educación. Un mundo que las autoras hemos amado y seguimos amando a pesar de todo y de modos distintos, con experiencias, saberes y pasiones distintas. A pesar de todo, a pesar de la dificultad de los tiempos.

El vínculo que nos une con la educación es el mismo que nos une a nuestro cuerpo de mujer y, antes, al de nuestra madre; y coincide con el vínculo con la vida —con ese vivir que compartimos todas y todos como destino, posibilidad y riesgo humano— para que haya un más de vida y de sentido. Creo que ese vínculo es el móvil profundo de este libro, que cada una ha notado, vivido y restituido según su sentir y su saber. No retractarse de este vínculo sino ir a buscar en él lo que más nos convence, lo que esperamos llegar a descubrir, es lo que hemos aprendido, a pesar de proceder de sitios distintos y de habitar edades distintas de la vida; las participantes en el libro pertenecen a dos generaciones de mujeres y proceden de ámbitos de investigación, de estudio y de experiencias humanas y profesionales distintas. En esta empresa nos ha unido un camino bastante largo de intercambio, de puesta en común y de reflexión propiciado por ocasiones diversas y que ha hecho confluír la circunstancia más importante, la creación de Sofías. Sofías, como se dice en la Introducción, además de ser una red móvil de mujeres, es un estilo de trabajo político y profesional que apuesta por las relaciones de autoridad y de confianza y por pensar a partir de sí, a partir del saber de la experiencia.

En un determinado momento de este camino, sentí personalmente la necesidad de crear con otras un libro, casi un manual, dijimos. La idea inicial fue la de traer al mundo un texto capaz de reorganizar el sentido de la educación en torno a palabras clave, palabras generadoras de

pensamiento nuevo, para ofrecérselo y ofrecérselo a otras y a otros como mediación en las aulas universitarias y en otros contextos formativos. El impulso más concreto vino, pues, de la necesidad de disponer de un semi-manual. No obstante, a diferencia de los muchos manuales corrientes, no nos interesaban ni la presentación sistemática y crítica de teorías y reflexiones sistemáticas, ni el “estado de la cuestión” de la investigación en los varios ámbitos de la educación; más bien escribir, escogiendo cada cual una palabra fecunda que trabajar, lo que más nos importaba, aunque hubiéramos llegado a comprenderlo más libremente en la relación con las otras. Lo que pretendíamos era, pues, exactamente lo contrario de un manual. Era hacer cortes y fisuras en el edificio de un saber especializado neutro y objetivo cada vez más descarnado, con palabras clave que permitieran abrir un horizonte amplio, ofrecer una medida distinta a quienes trabajan a diario en la educación, poner en movimiento y dar nueva vida a los saberes de la educación, hacer que entrara ahí otra cosa: la libertad femenina en primer lugar, y con ella el gusto por la vida, y acompañar la vida con la palabra, haciendo sitio a las pasiones y a las relaciones.

Cada una eligió la palabra según su vocación: genealogía, sosiego y placer, confianza, cuerpo, tiempo, mediación, saber, el otro, violencia, aprender desde el amor a la madre, etc., son palabras densas y abiertas. Densas porque cercanas a la cotidianeidad de la experiencia, que es siempre multiforme y polisémica; abiertas porque una remite a la otra y a otras posibles, en un movimiento relacional que no tiene fin, como no tiene fin la obra educativa de una mujer que acoge libremente su diferencia.

Si algún mérito tiene este libro, no hay que buscarlo en su exhaustividad ni en el añadir un conocimiento al panorama contemporáneo. Creo que hay que buscarlo en la postura simbólica escogida: la de atravesar con mirada libre los saberes en los que se ha formado cada una y que frecuenta en su vida y en su profesión, conservando los elementos valiosos, los capaces de generar pensamiento nuevo, y dejando caer

los demás. Sin perderse, sin embargo, en el torbellino del pensamiento crítico o deconstructivo, hoy tan de moda, ni tampoco en la espiral de un pensamiento que, abstrayendo y predicando al ritmo de las últimas teorías pedagógicas, se habla solo a sí mismo y a sus íntimos, los expertos y burócratas de turno.

Y la posición simbólica elegida, en su sentido más radical, ha sido la de apartarse conscientemente de las tradiciones pasadas y de los cánones contemporáneos, aunque sin ignorarlos, para encontrar la propia voz. Y buscar y encontrar un lugar propio de pensamiento y de palabra, sin miedo a no estar en el sitio en el que los demás nos esperan. Un lugar propio, como lugar relacional en el que circulan autoridad y medida femeninas, permite hacer un desplazamiento de la mirada y del pensamiento, y ver algo no visto antes aunque estuviera a la vista de todos. Por eso, los artículos que componen el libro hay que valorarlos en primer lugar atendiendo a esta capacidad: ver, dejar ser, hacer que hablen las ganancias y las pérdidas, las fatigas y los placeres, los movimientos pequeños y las grandes transformaciones, las carencias y los recursos, las necesidades y los deseos, o sea, la vida y la educación tal y como son y como se presentan también a diario, para encontrar su sentido vivo, para llevar su potencia transformadora al mundo de todos.

Intervención de Pepe Contreras Domingo

Quiero agradecer la invitación que se me hace a participar en la presentación de este libro. Considero además que esta invitación es de por sí un gesto por parte de las autoras de que el pensamiento de la diferencia es algo que también nos interesa a los hombres, porque nos indica un camino que tenemos que recorrer y una experiencia de cómo hacerlo, o de qué aprendizajes podemos hacer ya nuestros, así como también un vacío de aprendizajes que tenemos que descubrir por nosotros mismos.

Lo que el libro (me) aporta

Mentiría si dijera que lo que el libro me aporta procede tan sólo de su lectura en sí. Lo que me aporta está inserto en una experiencia de tiempo ya leyendo otros textos y participando cotidianamente con muchas de sus autoras en actividades diversas de docencia, investigación, y, por qué no decirlo, en alguna que otra discusión. Me es difícil separar mi lectura de este libro de todo este contexto de relación, por el que su obra me es posible interpretarla para mí. Acojo así lo que este libro me aporta porque antes he podido conocer otros textos, o he podido participar de su pensamiento y observar sus prácticas, ayudándome de esta manera a disponer de una comprensión más rica; pero también, en este tiempo, he podido hacer un proceso de repensarme, y de mirarme en mi hacer y en mi pensar, que me coloca ahora en una posición no sólo de más comprensión, sino también más receptiva, o incluso de más espera en los momentos en los que la aceptación se me hace más difícil.

Tal y como está estructurada la obra, podría interpretarse como la forma en que las diversas autoras se adentran cada una en una faceta de lo educativo, para dar cuenta del saber que las mujeres, o mejor dicho, que ellas mismas en cuanto que mujeres, han atesorado al hilo de su práctica y de su pensamiento vinculado con ella. Han elegido así cada una un concepto clave y lo eligen precisamente porque para ellas cada uno de estos conceptos son centrales en su pensamiento y en su práctica profesional como educadoras; por ejemplo, el tiempo, el saber, la confianza, la mediación, el otro, etc. Pero dicho así, la apreciación que pueda tenerse de la obra queda empobrecida. Y es que, si bien los títulos de los capítulos suelen sugerir un solo concepto, lo que se lleva a cabo es más que el profundizar en un concepto. En realidad, cada uno de ellos es un desencadenante de un entramado en el que va cobrando sentido todo el hacer educativo, atravesado por el saber que despierta la atención a lo esencial de la experiencia educativa: la relación amorosa en la que son muchas las dimensiones abiertas. Así pues, es el tiempo, el saber, la confianza, la mediación,

el otro, pero es también el estar en el tiempo, el sentido del presente, la escucha, la pasividad atenta, la receptividad, el vacío de sí, el darse tiempo, el aprender para vivir, por lo tanto, sin desligarse del sentido de la vida, el sentido de sí, en relación al sentido del otro, de los otros y otras, la relación como el centro de la experiencia de la educación y las cualidades presentes cuando de verdad esa relación esta viva, etc. Son conceptos que remiten a una densidad del vivir, en el que las palabras ayudan a darle relieve, pero en el que las palabras están pensadas para que de verdad se pongan en relación con lo sutil y delicado de lo que de verdad sostiene el sentido más profundo de la relación educativa, y de la relación en general consigo y con el mundo.

Hay para mí dos cualidades, dos vectores desde los que todos estos textos se despliegan. Dos vectores que quiero destacar, para explicarme, aun a sabiendas de que en el fondo es sólo uno, o de que si son dos, uno da sentido, necesidad y presencia al otro.

a) Uno es que en todos estos textos hay una búsqueda y expresión del saber pedagógico, pero que es un saber que nace de sí, de cada una de las autoras, de su relación con su propia experiencia educativa. Y en ese diálogo entre sí y la experiencia, para ir algo más allá (algo más allá de sí y algo más allá de la experiencia; no es pues una repetición de la experiencia, como un mero contar acontecimientos, ni una repetición del yo como identidad anclada), lo que se produce es un saber que no se desvincula de la experiencia, sino que la ilumina en un sentido que la pueda mover, creando nuevas energías tanto de sí como de la relación con las cosas. Por eso, son textos que al leerlos, uno se encuentra pensándose, viendo en sí lo que esas palabras te dicen íntimamente, lo que te mueven. No son pues textos que puedas leer en un sentido acumulativo (como diría Ana Mañeru), de datos, teorías, conceptos, información, sino en un sentido de transformación. Aprender de estos textos no es (y utilizo aquí las palabras de Asun López en su capítulo) “una apropiación de algo externo, sino un movimiento interno, una apertura a nuevos sentidos, una transformación interna y externa a la vez”.

Este saber que mantiene la conexión con el sí mismo y con la experiencia, pero que no se queda simplemente pegado, adherido a ellos, sino que abre nuevos sentidos y posibilidades que ya se anuncian en la propia experiencia si se los sabe escuchar, si se les hace hueco, es lo que en definitiva supone el movimiento de la sabiduría. Una sabiduría, en este caso, de raíz normalmente más femenina que masculina. Situarse de otra manera en el mundo y en el vivir, que nace de la experiencia íntima femenina de atenerse a lo que es, lidiar con la realidad... y hacer de eso no sólo *obra de civilización* (que ya lo hacía en su existir y sostener así una parte importante del mundo cotidiano) sino *obra civilizadora*, exportando este saber a todas las esferas, tanto en el hacer, como en el pensar y en el decir. Por tanto, no sólo haciendo, sino pensando en ese hacer y encontrando las palabras que permiten expresar con fidelidad lo que esta forma de hacer y pensar suponen como forma de re-creación del mundo. Es por tanto en el hacer obra civilizadora en donde se sitúa este libro, al expresar e instaurar como sabiduría, como pedagogía, experiencias y saberes que probablemente para muchas y muchos ya están, pero que no tenían, o bien la expresión, o bien el reconocimiento que permiten la libertad de hacer, de pensar, de decir.

b) El otro vector al que me refería tiene que ver con el reconocimiento de la madre como el origen de la obra educadora. Lo que a la vez significa poner la relación amorosa como sustento de la relación educativa. Significa el reconocimiento de que de quien primero hemos aprendido los aprendizajes fundamentales de la vida (la relación, el sentido de sí en relación a la diferenciación con nuestra madre, el habla, el ir encontrando nuestro lugar en el mundo, etc.), es de nuestra madre. Y que lo que desvela la obra educadora de la madre es entre otras cosas, primero la propia idea de alteridad, de ir entendiendo la relación entre nuestro propio sentido de sí y el vínculo de amor con ella. Y para ella, el ir aceptando y entendiendo que el hijo, la hija es otra persona con la que a la vez se abre el misterio del ser otro distinto no sólo a ella misma, sino a quien desearía que fuera; y a la vez, en ese misterio y en esa incertidumbre, crear el vínculo, la comunicación, el intercambio...

Pero el reconocimiento de la madre como el origen de la obra educadora significa también la comprensión de que la experiencia de aprendizaje que se produce con la madre no está desligada de la realidad, sino que se corresponde con el proceso de ir dando sentido a las cosas, encontrando la relación entre uno mismo, la realidad circundante, y el lenguaje con el que expresarlo. Es un aprendizaje que no desliga el sí mismo de la experiencia, sino que siempre se hallan ambos en relación, aunque sea en una relación conflictiva.

Suelo decir, inspirado en lo que he aprendido de la pedagogía de la diferencia sexual, que *educar es actuar en la estela del legado de la madre*. Y entiendo que aquí hay una oportunidad para replantearse muchas de las prácticas y de los saberes pedagógicos. Actuar en la estela del legado de la madre es sobre todo no perder la conexión, en toda obra educativa, con este sentido del aprender como el que no desvincula de la experiencia, el que no desvincula de la relación entre lo que se aprende y el sentido personal que cobra. Y la tarea de la educación entiendo que es siempre continuar, en la estela de la madre, abriendo nuevas dimensiones a la experiencia del mundo, pero sin convertirlo en abstracciones, sin hacer del saber discurso descarnado, sin desconectar de lo que esos primeros aprendizajes mostraban como sentido vivo del aprender.

Y si bien esta es una experiencia y es un aprendizaje que todos hemos tenido en nuestra vida, lo cierto es que las mujeres, por obra de ser madres, o por la posibilidad biológica de serlo (por tanto, siempre con la experiencia real o posible de la alteridad, de llevar en su seno a otro/a), mantienen en su vida, en su forma de comunicarse con ella, en su hacer, este permanecer en contacto con su propia subjetividad, (que siempre necesita pensarse en relación), y en contacto con las cosas de las que se compone el vivir cotidiano, intentando siempre encontrarse sentido a sí mismas y a su hacer. Por su llamada a la presencia de lo que supone la alteridad, por su experiencia y su capacidad por tanto de descentrarse de sí para poder estar atentas a lo otro, a lo que pasa, a lo que les pasa a los otros, y pensar en esa relación y en lo que tiene

sentido hacer, tienen en principio más continuidad con el legado materno; mientras que los hombres tenemos que reconstruir muchas más cosas en nuestra historia personal y cultural para hacer este tránsito.

Una experiencia esta por tanto más difícil para los hombres, que no nos solemos ver abocados a la apertura a quien nace, sino sólo por mediación de quien primero vive esta relación (esto es, una mujer), y que a la vez estamos acostumbrados a vivirnos desde el asumir el centro del mundo, más que desde la experiencia de descentramiento que supone la apertura a la alteridad. Y esto en una cultura visible que legitima continuamente la negación del origen materno de toda vida y quiere construir la sociedad y la cultura sobre la capacidad de ruptura con ese origen (y le llama independencia, razón, soberanía, ciencia, leyes, poder, etc.).

Pero quisiera ahora enlazar los dos vectores que he mencionado que veía en el libro (el saber como diálogo entre sí y la experiencia; y el reconocimiento del origen materno de la educación). Porque esta forma de estar en el mundo, más femenina que masculina, es también una forma de saber, esto es, una posición en la que la experiencia y su estar atenta a la realidad, a lo que hay, es una forma de exploración del mundo, una manera de saber, como lo es también un modo de hacer. Así que no por casualidad, lo que está mostrando esta posición es tanto una sensibilidad y apertura a las relaciones, a la necesidad, a las transformaciones personales para hacer sitio a lo que la novedad del mundo anuncia, como es una forma de pensar y expresar esta relación. Por eso la exploración de sí en relación con la experiencia revela una forma de saber más femenina que masculina, si por esto entendemos las formas que nos solemos encontrar como dadas en el mundo que vivimos. Y muestran el camino de nuevas posibilidades, una nueva obra civilizadora, también para el mundo de la educación, que tiene también sentido como búsqueda, exploración y cuestionamiento, también para los hombres, porque de lo que está hablando no es de una posición determinista, sino de un hacer que si se convierte en pensamiento y en práctica de relación con el mundo,

abiertos a otras esferas de la experiencia, nos muestra un camino también para ser recorrido por los hombres, a la espera de encontrar (ahora también nosotros) nuevas comprensiones de sí y del mundo, y de explorar nuevas formas de relación y nuevos caminos de transformación personal.

Un hombre aprendiendo de la pedagogía de la diferencia sexual

Tengo que decir que mi historia de relación con el pensamiento de la diferencia sexual y con la pedagogía que supone, no ha sido fácil. Inevitablemente, un primer momento, probablemente el más difícil, tiene que ver con la dificultad para descentrarme, con poder acoger un discurso que no hablaba de mí, que no daba por supuesto que lo que se decía de las mujeres también podía decirse de mí. Acostumbrados como estamos los hombres a estar en el centro del discurso, y a pensar en la totalidad del mundo, de sus problemas y de sus soluciones (pero paradójicamente, siempre ausentes en estos discursos, ya que se plantean como la intervención sobre el mundo, sobre el otro, más que un trabajo sobre sí), la transformación más importante es sin lugar a dudas la más esencial: porque supone la apertura a la alteridad y a la disparidad; significa colocarte en un lugar en el que puedes mirar a la obra femenina como la oportunidad de pensarte desde otro lugar el sentido del mundo y de tu lugar en él. Una tarea difícil y laboriosa es siempre esta de desplazar los vicios de una masculinidad, en parte propia, como asunción cultural, pero en parte impostada, en lo que tiene de querer asumir una forma de estar en el mundo que parece correspondernos por identidad, aunque a lo mejor no nos reconocemos en ella. Una tarea de discernimiento en donde tenemos que encontrar las claves de nuestro estar en el mundo, pero desplazando lo que niega, o paraliza, o entorpece la obra materna.

A lo largo de mi relación con la pedagogía de la diferencia sexual he pasado por diferentes momentos, creo que hasta ahora todos insufi-

cientes, y en cualquier caso insatisfactorios. Tras estas primeras dificultades, adopté una posición que era la de: “en realidad no me importa si existe alguna diferencia masculina; no estoy interesado en ello; más bien, lo que me interesa es la ganancia que yo obtengo en las aportaciones que recibo de las mujeres; su práctica y su pensamiento son también buenos y válidos para mí”.

En este sentido, mi aproximación a la comprensión de la educación en la estela del legado de la madre, me dio más ligereza en mi práctica educativa, más seguridad en moverme por mí mismo, en escucharme a mí y en escuchar a mis estudiantes; me dio más libertad, al no verme circunscrito a las exigencias de la institución y buscar más en el sentido que descubría en mi tarea como docente. Y me permitió también más atrevimiento a la invención, a acoger lo que estaba vivo en el intercambio educativo, aunque no estuviera en el programa previsto, más sutileza en la comprensión de lo que se movía en ese intercambio, y también más atención y más paciencia. Y he aprendido algo de la importancia de la práctica política que no se mueve en el juego de tácticas y estrategias, sino en el desplazar, mover y empujar, a la búsqueda del sentido de oportunidad, tratando de mantener sobre todo lo que tiene sentido. Aunque reconozco en todo esto aún mis torpezas y limitaciones.

Pero de lo que me doy cuenta es de una paradoja. Por una parte, me cuesta saber ver una especificidad masculina en mi hacer pedagógico. Digamos que lo que aprendo de la diferencia femenina lo vivo como un saber también válido para mí.... Y a la vez percibo algo que no sé nombrar en donde hay claramente una forma masculina de estar en el mundo; no patriarcal, amorosa, que procura no ser androcéntrica; pero que íntimamente sé que necesito pensarla por lo que es en sí. Dice Anna M. Piussi en su capítulo de esta obra que “la diferencia sexual no es la diferencia del otro sexo, sino que es la diferencia entre sí y sí a causa de que existe lo otro”. Tengo para mí, como tarea pendiente, no buscar mi diferencia sexual como una forma

de encontrar la especificidad que me separa de las mujeres, sino dialogar entre mí y mí, teniendo en cuenta la experiencia del trabajo de las mujeres, del que aprender, pero, más allá, en el que encontrar mi propio camino.